

El deseo de amar

Amemos, pues, a Dios, puesto que. Dios nos amó³ el primero (1 Jn. 4, 19).

¿Qué efecto producirá en un alma sincera la fe en el Amor Misericordioso de Dios? Respondo: «el deseo de amar». Hablemos, pues, de este deseo. En el alma de Teresa del Niño Jesús, en su doctrina, es elemento tan esencial como su fe en el Amor. Cuando un alma se persuade de que Dios nuestro Señor, en su Amor Misericordioso, la ama infinitamente, a pesar, a causa de su miseria; cuando lo cree con una fe interna, inquebrantable, brota en ella un deseo: amarle, entregarse sin reserva a la acción Misericordiosa del Amor. No puede ser de otro modo; en el alma humana, hecha para amar, e impotente para hacerlo cual quisiera, el deseo precede y despierta el amor. ¿No es este precisamente el mensaje evangélico a las almas degeneradas por el pecado? Si conocieras el don de Dios, serías tú quien pidieras (Jn. 4, 10) Señor, dame de ese agua.

Todo el Evangelio está contenido en esas palabras. Y es maravilloso ver de qué manera tan sencilla y eficaz ha conseguido el Señor inspirar al alma pecadora el deseo, la confianza de alcanzar el amor. Es el Evangelio vivo; la realización de aquella palabra de San Agustín: Dios desea estar sediento...

Así lo entendió Teresa al leer en San Juan el pasaje de Jesús y la Samaritana. Dios nuestro Señor, que no necesita a nadie, no teme hacerse mendigo del amor de su criatura. Y dice la Santa, abriendo de par en par su alma: «La palabra de Jesús moribundo, '¡Tengo sed!', resonaba constantemente en mi corazón y lo encendía en un amor desconocido. Anhelaba calmar la sed de mi Amado».

En dos sencillos puntos podemos exponer la importancia que tuvo en la vida espiritual de Santa Teresa de Lisieux el deseo de amar: 1.0 Este deseo es el principio de su vida espiritual, es decir, de su tendencia hacia la perfección. 2.0 Es el término de su santidad.¹

En los tratados de espiritualidad se observan dos tendencias o escuelas. La una considera el amor como término de la perfección; la otra, como principio o punto de partida. Teresa pertenece, sin género de duda, a esta segunda escuela. Tan clara es en ella esta tendencia, que al principio no pocos partidarios de la tendencia opuesta se escandalizaron. El amor es en ella el motor que impulsa al alma y la fortalece en la vida del renunciamiento. En este sentido puede decirse que fue antes mística que asceta. Su ascética está enteramente orientada hacia la mística. En realidad, todas las escuelas, todos los autores espirituales coinciden en considerar el «deseo de la perfección» como propio de principiantes; pero pocos son los que dan a ese deseo su verdadero nombre: ¡amor! Más bien dan a entender que el amor es el término; lo presentan como una recompensa a los esfuerzos del alma. Eso equivale a conducirla por caminos rudos y trabajosos; la ascensión es lenta, a veces triste, con frecuencia estéril y deprimente. Teresa, por el contrario, sintió que la confianza dilatada su alma, y llena de santa audacia quiso amar desde el principio. De ahí su alegría, su valor y fortaleza en medio de su miseria. Su pensamiento se traduce en una carta a su prima María Guerin: «Me pides un remedio para llegar a la perfección; no conozco más que uno: el Amor». No pudo expresar su idea con mayor claridad. El Amor es el único medio. En su tendencia hacia la santidad -nos dice en su Historia de un Alma- sólo conoce un camino: «Lo único que deseo es agradar a Jesús». Es decir, amarle. Es el secreto de Teresa; deseo humilde y confiado de amar a Dios. Humilde, porque reconoce la propia nada. Confiado, porque todo lo espera de Dios, que es Amor Misericordioso.

Aquí se ve con la mayor evidencia la necesidad de la fe en el Amor Misericordioso. Se palpa al mismo tiempo su eficacia omnipotente que convierte en motivo de confianza la consideración de la propia miseria, causa no pocas veces de depresión o desaliento. Este no tiene lugar en el alma que cree en la incomparable bondad de Dios. Creer en su Amor y esperar todo de El es tributarle la gloria que espera de nosotros. Repítámoslo: esto es puro Evangelio.

El Amor atrae hacia sí a los que están lejos de El: el hijo pródigo, la mujer adúltera, la Samaritana, María Magdalena. Las páginas de ese libro divino no son otra cosa que un llamamiento del Amor que invita al amor a los miserables, a los pobres, a los impotentes y débiles, es decir, a los hombres todos. Invitación que implica una gracia particularísima; despierta en el alma el deseo de entregarse sin reserva al Amor Misericordioso, y la confianza gozosa de vivir en El y para El. Este es el sentido de las palabras de Cristo: Venid a mí todos los que estáis abrumados, que yo os aliviaré (Mt. 11, 28). Demos gracias a Dios por haber canonizado a Teresa, que sólo es santa por haber abierto y entregado su alma al Evangelio.

Â 2

Decíamos que el deseo del amor no es sólo el principio de la vida espiritual, sino también el término de la perfección. Fácil nos será probarlo a la luz de las enseñanzas de Teresa, que abundan en los últimos años de su corta vida. ¿Cuál era en este tiempo la característica de su santidad? Un deseo inmenso de amar. En cierta ocasión, la Carmelita de Lisieux dijo ingenuamente a un Director de Ejercicios: «Padre, quiero amar al Señor tanto o más que Santa Teresa». La respuesta del Confesor fue un duro reproche: «¡Qué orgullo! ¡Qué presunción! Esos son deseos

temerarios. Â» Â«Padre mÃ-oro, no puedo creer que sean temerarios mis deseos, puesto que nuestro SeÃ±or ha dicho: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfectoÂ» (Mt. 5, 48). Â¿Admirable respuesta! Teresa creÃ- a sencillamente en el Evangelio, en las palabras del SeÃ±or. No hemos de poner lÃ-mites a nuestros deseos. AsÃ- se explica la famosa pÃ-gina de la Historia de un alma, en que la Santa, no pudiendo ya contenerse, se expresa en tÃ-orminos humanamente insensatos, desmesurados, quimÃ©ricos. Teresa sueÃ±a y desea cosas contradictorias e imposibles: quiere ser sacerdote, apÃ³stol, misionera, mÃ¡rtir. Â¿Locura!, segÃºn la prudencia humana; sabidurÃ-a verdadera a la luz de la fe.

Â¿QuiÃ©n es Aquel que atrae a la joven religiosa? Es el Amor Infinito, infinitamente amable, que tiene sed del amor de su criatura, pobre e impotente. Ante ese Amor infinito, Â¿cÃ³mo poner lÃ-mites al amor humano? Â«Oh Amado mÃ-oro; perdonadme si desvarÃ-o al manifestaros mis deseos, que rayan en lo infinitoÂ». Notemos de paso que en la misma proporciÃ³n en que crecen sus deseos, crece tambiÃ©n el sentimiento de su miseria, de su impotencia, de su debilidad, de su pequeÃ±ez. Teresa es el modelo del alma que, sincera y sencillamente, se entrega al deseo de amar, deseo que llega a ser ilimitado. Esto se explica fÃ¡cilmente. Dios nuestro SeÃ±or, sediento del amor de su criatura, enciende en el alma que se le entrega un fuego divino que la consume, acrecentando en ella hasta lo infinito esos santos deseos. Lo que nos enseÃ±a la TeologÃ-a de nuestra participaciÃ³n en la naturaleza divina, divinizaciÃ³n del alma humana por la gracia, y su transformaciÃ³n en Dios, no son sino fÃ³rmulas que expresan la acciÃ³n del Dios Amor en orden a la transformaciÃ³n del alma.

Por una prudencia mal entendida, restringimos excesivamente nuestros deseos de amar. Si admitimos como verdad de fe que el alma regenerada es pertenencia de Dios y que Dios es Amor, Â¿cuÃ¡l es el efecto de esta inhabitaciÃ³n divina? No es otro sino la acciÃ³n de Dios, que es Caridad, en orden a la transformaciÃ³n del alma humana en Caridad. El que se adhiere al SeÃ±or forma un mismo espÃ-ritu con El (1 Cor. 4, 17). Somos transformados en su misma imagen, conforme al EspÃ-ritu del SeÃ±or (2 Cor. 3, 18). La vida de Teresa del NiÃ±o JesÃºs es la enseÃ±anza viva de esta profunda teologÃ-a, enseÃ±anza que estÃ¡ al alcance de todos. Su vida es una prueba palpable de que las almas pequeÃ±as pueden alcanzar el amor en una vida ordinaria sin Ã©xtasis ni revelaciones. No por los actos heroicos, sino por su fe en el Amor Misericordioso.

Creamos en la palabra de Teresa: Â«No he dado a Dios mÃ¡s que amorÂ». Y recojamos celosamente la respuesta ya citada a una de sus hermanas que, la vÃ-spera de su muerte, le pedÃ-a una palabra de despedida: Â«Lo Ãºnico que vale es el AmorÂ». He aquÃ- una sÃ-ntesis del Evangelio.

Dios, que es Amor, tiene un deseo inmenso de comunicarse. Â«El bien es difusivo de sÃ- mismoÂ», dicen los teÃ³logos. Siendo Amor, no puede menos de despertar amor. Tiene sed de ser amado, y es El quien excita en el alma la sed de amar. Si ella corresponde, Dios se precipita y llena su vacÃ-o. Ensancha tu boca y yo la llenarÃ© (Ps. 80, 11). Y como el Bien que se le entrega es infinitamente amable, brotan en el alma nuevos y mÃ¡s intensos deseos de amar, deseos siempre saciados y nunca satisfechos. Este flujo y reflujo de ansias e insatisfacciones es, en resumen, la Historia de un Alma. Es tambiÃ©n la sÃ-ntesis de la TeologÃ-a ascÃ©tica y mÃ-stica; la verdadera espiritualidad, la Ãºnica que conduce las almas a Dios, Ãºltimo fin y esencia de la vida sobrenatural. La doctrina ascÃ©tica que con mayor suavidad y eficacia ayuda al alma para la consecuciÃ³n de su fin es, a mi parecer, el deseo de amar, doctrina la mÃ¡s perfecta, porque es la mÃ¡s evangÃ©lica.

En definitiva, todo se reduce a una doble sed: sed de Dios, sed de la criatura. En Dios, sed de ser amado; en la criatura, sed de amar. Por una parte, el Amor infinito, que tiene sed de darse; por otra parte, la nada miserable, que quiere ser colmada, poseÃ-da y transformada por el Amor. Esta doble sed resume las relaciones entre Dios y el alma humana, desde el despertar de la gracia en ella, hasta la cima de la santidad, hasta la fusiÃ³n beatÃ-fica en la vida eterna. Todo se reduce a un sincero deseo de amar. Â¿Bendita Santa Teresa del NiÃ±o JesÃºs, que nos ha enseÃ±ado esta verdad!